

Prólogo

Arguedas, las ciencias sociales y la novela en el Perú

La obra literaria de Arguedas tiende a escaparse de los marcos con que se la pretende captar. Esto se debe a que las formas de comprensión de las que disponemos participan de formaciones discursivas que la escritura de Arguedas remueve de tal modo que resulta difícil asignarle un lugar simple dentro de las narraciones del Perú moderno. Por un buen tiempo, se solía inscribirlo dentro del marco del indigenismo lo cual, indudablemente, dotaba sus novelas de una legibilidad inmediata. Sin embargo, ya desde la década de 1980 gracias, entre otras cosas, a los estudios sobre la textualidad indígena en Guaman Poma y las investigaciones antropológicas de los sistemas cognoscitivos y estéticos andinos, se empezó a descubrir que los textos de Arguedas se habían producido, en parte al menos, mediante un procesamiento de la cultura moderna occidental a partir de la cultura indígena andina. Se trataría, entonces, de un “indigenismo al revés” (Lienhard), o tal vez de una escritura que “supera el indigenismo, aunque a la vez pertenece a él” (Huamán). Pero no acaba allí lo inclasificable de la obra.

Para comenzar, resulta dudoso hablar de “la obra literaria” si esto implica restar los trabajos de antropología. De allí la utilidad del presente libro de Melisa Moore, ya que traza las densas interrelaciones entre ambos aspectos del corpus de textos que llamamos de Arguedas. En su organización y sus líneas de fuerza,

este corpus en realidad no sólo no coincide con las disciplinas intelectuales (ciencias sociales, literatura, historiografía), sino tampoco con los géneros y formas literarias tradicionales. Es decir, se mezclan novela, poesía y ensayo; se embarullan realismo y vanguardismo. Es más, esta obra múltiple, al rebasar los esquemas heredados del conocimiento, también cuestiona las narraciones de la nación. Porque, si “hacer nación” nunca dejó de ser una preocupación primordial para Arguedas, su manejo de las narraciones que lo posibilitan y los sustentos epistémicos que las apuntalan es tan radical como el de Mariátegui —me refiero al Mariátegui de Alberto Flores Galindo, de *La agonía de Mariátegui*, y no al Mariátegui degradado de esa narrativa del “progreso” — de la modernización acrítica— que se inventó en la década del 1930 y que Arguedas desmonta en *Yawar fiesta* y en *El Sexto*.

Si el horizonte indigenista otorga legibilidad a las narraciones de Arguedas, también les quita una parte de su sentido, porque la lectura indigenista tiende a producir un efecto polarizante, entre lo nativo y lo no-nativo (1920-1970), o (en la crítica más reciente) entre la oralidad y la escritura. Esa tendencia dualista privilegia los primeros términos, lo nativo y la oralidad, e impide captar sus interrelaciones. El presente estudio, en cambio, nos sugiere varios caminos para salir de las concepciones dicotómicas. Uno de los más interesantes está relacionado con un hecho central de la recepción de *Todas las sangres*, novela que constituye el meollo de los análisis de Moore. En la mesa redonda sobre esta novela, llevada a cabo en 1964 en el recién establecido Instituto de Estudios Peruanos, tanto los literatos (entre ellos Sebastián Salazar Bondy) y los científicos sociales (que incluían a Henri Favre) mostraron una actitud de rechazo; los primeros, porque la novela mezclaba datos antropológicos con la literatura, y los segundos porque la novela no era realista en su manera de tratar la realidad. En ambos casos el rechazo se nutría de una actitud epistémica que se debe caracterizar como positivista. Ahora, con la perspectiva de los años, se ha hecho evidente también que la actitud de Vargas Llosa hacia Arguedas, basada en una división dicotómica entre la realidad ficticia y “la realidad real”, se nutría del positivismo.

Para Arguedas, más bien, los materiales de su obra, es decir la cultura peruana nativa-mestiza, no permitían tal actitud epistémica. Lo mágico, lo social y la realidad científica estaban inextricablemente conectados.

Por eso, como nos demuestra Moore, es importante la lectura desmenuzada y paralela de los textos literarios y los antropológicos de Arguedas, sobre todo en el caso de *Todas las sangres* y de lo que fue su tesis doctoral de antropólogo, *Las Comunidades de España y del Perú*. Las coincidencias, que son notables, permiten pensar en un mismo tipo de producción textual y ya no en los discursos separados y hasta antagónicos de literatura y ciencias sociales que las instituciones estaban promoviendo. “La premisa central de la tesis antropológica de Arguedas”, nos dice Moore, “es que las comunidades rurales no son comunidades cerradas, aisladas o resistentes al cambio sino que, por el contrario, están articuladas en forma dinámica” con la modernidad. La fuerza de estas comunidades, tanto según la tesis como en la novela, no estaría en la adhesión al pasado sino en la capacidad de procesar el presente (de la modernización) y crear imágenes del futuro. ¿Estuvo equivocada la hipótesis? ¿O sería más bien que las formas de modernidad imaginadas por Arguedas fueron derrotadas por la actuación de determinados grupos sociales?

De lo que no se puede dudar es que estos trabajos de Arguedas surgen de una intersección de múltiples discursos (literatura, ciencias sociales, historiografía, religión), constituyendo así la propuesta implícita de un método para acercarse a la realidad peruana, un método ya esbozado por Mariátegui pero que cuarenta años más tarde estaría sujeto a las tensiones tal vez mayores de la modernización de la época de la guerra fría. Entre ellas estaba la profesionalización de las disciplinas intelectuales. *Todas las sangres*, más que nada en la figura de los comuneros, los artesanos y las mujeres, celebra la capacidad para el cambio, mejor dicho la metamorfosis, porque se trata de la capacidad para inventar formas de vida, y esto va fuertemente vinculado con la migración como eje mayor de la transformación social y cultural. Este método contrarresta la construcción de polos trascendentes para leer

la historia peruana y, al contrario, nos sumerge en sus procesos de producción. Por eso, me parece que el estudio de Moore nos emplaza a leer a *Todas las sangres*, entre otras cosas, como una contribución a la historiografía peruana; tal vez, recogiendo un par de términos que nos ofrece, a considerarla como una épica de sesgo expresionista.

Su discusión de la relación entre ciencias sociales y literatura comienza con una investigación detallada de perspectiva historicista en torno a la textualización de las identidades. Demuestra que al lado de las clasificaciones algo lineales y estáticas que la sociología impuso a las identidades étnicas, el discurso de Arguedas se revela más rico, más móvil, y más adecuado a la realidad cambiante. El capítulo sobre “epistemología feminista y el papel de la mujer” añade una dimensión muy interesante a estas reflexiones, al proponer que las mujeres de *Todas las sangres* consituyen un espacio que resiste las divisiones étnicas fijas y binarias. Muy notable, en este sentido, es el comentario que se nos ofrece acerca de Matilde, costeña y esposa de Fermín, el terrateniente modernizante: ella “establece un vínculo con los comuneros a través de la intuición o imaginación, cualidades que Matilde asocia con lo femenino y Arguedas con la comunidad indígena”. Es decir, la imaginación productiva y hasta rectora, capaz de hacer legibles el paisaje y las piedras sin escamotear la textualidad moderna y así inscribir y leer la historia peruana de otro modo y desde otro lugar.

Matilde, según la novela, empieza a adquirir “un sentimiento nuevo, un modo diferente de apreciar el aspecto tumultuoso y silencioso de ese mundo” y reflexiona: “la montaña admirada de los indios repite mis palpitaciones, a tanta distancia”. Se trata, como nos señala Moore, de una manera de ver el mundo que se nutre de la cosmología —vale decir, la imaginación— indígena. Estas intuiciones no dejan de tener una función histórica: “las mujeres en las novelas de Arguedas se debaten entre el papel de género que se les ha impuesto y otros papeles distintos en los que van combinando estrategias muy antiguas con estrategias nuevas para poder enfrentar a los cambios sociales”. Si la historiografía, según Michel de Certeau, surge de un enfrentamiento entre los rastros

del pasado y las operaciones del conocimiento presente que conforman lo real, entonces esta segunda parte del proceso, que se relaciona con el compromiso ontológico de la sociedad a la que pertenece el historiador, se encuentra complicada —en la obra de Arguedas— por otras formas de conocimiento que no sean las de la modernidad occidental. De repente, los elementos mágicos de *Todas las sangres*, ilegibles para el indigenismo, y dotados de una legibilidad estrafalaria por el “realismo mágico”, adquieren otra legibilidad; el residuo ilegible se convierte en productor de sentido. Si el llamado realismo mágico se recorta contra el fondo de una temporalidad moderna, ese no es el caso de *Todas las sangres*, ya que la temporalidad se inscribe en prácticas sociales tanto no-modernas como modernas. En este proceso las mujeres, que representan “una confluencia de marcos temporales”, tienen un papel especial aunque no único: “las figuras femeninas [...] reflejan toda la heterogeneidad y multiplicidad de una población andina que combina sus papeles e identidades tradicionales con nuevos papeles e identidades que van forjando como respuesta ante los cambios socioeconómicos”.

Si rastreamos el relato biográfico que nos suministran las novelas de Arguedas, encontramos que la imagen pura y trascendente de la mujer que recorre *Los ríos profundos*, se va transformando en un principio activo, capaz de intervenir en la realidad histórica, como es la figura de acero y paloma que en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (y en las cartas recogidas por Murra) se atribuye a Sybila Arredondo. Sin embargo, la metamorfosis ya se preparaba en *Todas las sangres*: “¡De acero puro y flor de pensamientos te hizo Dios!”, dice don Bruno a Vicenta. Y en Bruno, ya lo dijo Arguedas, hay bastante de él mismo. El estudio de Moore tiene la virtud de reintegrar una novela en cierta medida rehuida por los críticos a la totalidad de la obra de Arguedas y de hacernos presente la capacidad transformadora de ésta.

William Rowe